

LIBERACION Y UTOPIA

LA MUJER ANTE LA CIENCIA

María Ángeles Duran

SOBRE LA POSIBILIDAD DE UN CONOCIMIENTO NO SEXISTA

Para liberar el estudio de la ciencia del tratamiento reverencial que en nuestra cultura se otorga a las ideas -dándoles una entidad propia e intemporal, como si no fuesen en su nacimiento y en su vida creaciones humanas-, hay que esforzarse por verlas solamente como un producto o un objeto surgido en un momento histórico concreto, que tiene en la historia -historia social- sus raíces. La ciencia no ha surgido espontáneamente del vacío social, ni es un regalo que gratuitamente nos legaron nuestros antecesores: al contrario, se ha producido socialmente y la han hecho nacer grupos específicos para fines igualmente específicos, marcando con su huella de origen el curso posterior de su desarrollo.

Ante la población no iniciada, la ciencia y los científicos se ha cubierto de un ropaje impenetrable que les separa y protege; sin embargo, en estas páginas vamos a iniciar un asalto crítico a sus supuestos teóricos y a sus efectos sobre la práctica social que tendrá que empezar, como primera e inevitable medida, por despojarle de estos soportes rituales y mitificados, llevándola a una distancia consideración histórica.

Al introducir la fisura de la visión temporal, la ciencia se empequeñece, se hace más comprensible y modesta y pierde parte de su fuerza coercitiva. ¿Quién puede creer que la ciencia de hoy dice la última palabra cuando se recuerdan las palabras de la ciencia de ayer o de anteayer?

Frente a la apariencia sólida e impresionante la ciencia de hoy, de la ciencia por antonomasia, el recuerdo del pasado nos permite ver la construcción paulatina de la obra, dejar al aire sus cimientos y explicar por qué es así y no de otra manera: quienes la hicieron y a costa de qué y de quiénes. Este ejercicio de imaginación permite recuperar para la lucidez una oscura memoria colectiva: la de los excluidos de la ciencia, la de quienes nunca intervinieron en su proceso de construcción ni fueron sus destinatarios.

Bajo esta perspectiva, la ilusión de una ciencia desarrollada "natural o lógicamente" se hace añicos. Lo que hoy conocemos como ciencia es el producto de la historia anterior, de la historia de la humanidad durante algunos miles de años; pero resulta evidente que no es la ciencia como verdad excluyente y definitiva, no es la única posible, no es neutral ni está por encima de esa humanidad conflictiva que le dio forma específica. Está enterrada en ella, sometida a sus mismas prohibiciones y temores, subordinada en sus avances a sus propios deseos, próxima a quienes pueden favorecerla y lejana de los excluidos en el reparto de los bienes colectivos.

El pasado es irreplicable y no podemos girar hacia atrás los acontecimientos, por eso no conocemos más ciencia que la que hay. Pero si la ciencia que hay ha nacido de la ciencia que hubo y está ya condicionando la ciencia que habrá, la tarea de recuperación imaginativa y crítica de la ciencia no admite espera. No podemos conformarnos con mirar los frutos finales de la acumulación del saber en nuestra cultura ni consentir que se repitan las interpretaciones -socialmente construidas- que desde hoy nos unen con los días pasados y que se presentan bajo la forma de únicas posibles, para deslizarse desde su singularidad -que es innegable- a la condición sacralizada de "naturales" o científicas". Nuestros ojos empequeñecidos tendrán que recuperar el hábito de mirar de lejos, y acostumbrarse a descubrir la huella de las ausencias donde el vigor de las ramas intelectuales favorecidas oculta completamente los resultados de una mutilación milenaria.

El ejercicio de distanciamiento histórico respecto a la ciencia y el esfuerzo por considerarla como un producto socialmente construido conduce a su reconstrucción desde una perspectiva inhabitual, porque para calibrar su capacidad liberadora y su potencial de cambio no vamos a preguntarnos por lo que la ciencia fue o hizo, sino justamente por lo contrario. No nos interesa recuperar el recuerdo de lo que hicieron los filósofos y los investigadores, sino imaginar lo que

podían haber hecho y no hicieron: no nos interesan tanto sus resultados cuantos sus olvidos, sus ausencias, sus omisiones y sus errores, y sobre todo queremos preguntarnos por las prohibiciones de las que tuvieron conciencia y aquellas otras, mucho más importantes y profundas, de las que ni siquiera se dieron cuenta porque ellos mismos basaban su propia existencia cotidiana en la continuidad de la prohibición, del olvido, del error y de la negación.

Sin embargo, en esta búsqueda de los orígenes de la ciencia occidental no hay ningún afán iconoclasta. Afirmamos que la ciencia se ha construido desde el poder y que el poder ha puesto la ciencia a su servicio y afirmamos también que se ha construido de espaldas a la mujer y a menudo en contra de ella. Pero si la consideración de su desarrollo histórico tiene por objeto evidenciar su paulatina mediación por las condiciones sociales de cada época, también significa la recuperación de su condición liberadora para el futuro. Al rechazar su pasado y denunciar su presente, estamos contribuyendo a poner las bases para la recuperación de una ciencia que responda a las necesidades y a los deseos de los que secularmente estuvieron excluidos de su creación y de su destino. Cuando preguntamos por lo que dejó de hacer ayer estamos sugiriendo lo que puede hacer mañana y estamos pidiendo al mismo tiempo que lo haga.

Esta es la dimensión utópica de la ciencia, a la que creemos que los científicos no pueden renunciar si quieren mantener viva su capacidad liberadora. Para potenciar la ciencia que estamos construyendo hay que dotarla de un contenido humano, de proyectos y de esperanza. Creer que la ciencia es ciencia en sí, cerrada, justificada por sí misma y en sus propios límites inalterables, es dotarla de una razón que el recuerdo histórico le niega, y es contribuir a la consolidación de una abstracción falsa.

Si la ciencia no se ha construido por sí misma, sino desde los grupos humanos que le dan su base física y su organización, por esa misma mediación social puede pensarse como un proyecto de libertad, como un nuevo llamamiento sin prohibiciones ni excluidos. Por ello, y como uno de los grupos históricamente excluidos de la ciencia, las mujeres de hoy deben enfrentarse con la ciencia que fue para hacer suya la ciencia que puede ser, la ciencia que debe ser, la ciencia que utópicamente será en el futuro.

SOBRE LAS IDEAS EN LA PRODUCCION DE LA CIENCIA

El conocimiento avanza mediante la ordenación de experiencias; pero ¿qué es una experiencia? Si definimos la experiencia como el recuerdo distanciado de un sujeto respecto a acontecimientos vividos en el pasado -distanciamiento intelectual más que cronológico-, resulta que la experiencia no puede producirse sin la exposición efectiva al acontecimiento, sin la realidad de la vivencia. Y resulta también que el sujeto no convertirá su vivencia en experiencia a menos que se distancie de ella y pueda revivirla o reconstruirla como un acontecimiento diferente en el que representa el papel de observador en lugar del de actor. Este distanciamiento reflexivo por parte del sujeto --al menos en el primer sujeto que es capaz de contemplarse a sí mismo y de experimentarse- es lo que otorga a la vivencia la capacidad de transmitirse en su interpretación a otros sujetos.

La capacidad perceptiva de cada sujeto es limitada y ni siquiera los sujetos expuestos realmente a los acontecimientos tienen garantizadas su percepción. Sus estructuras perceptivas tienen que ser suficientes para ello: a su vez, cada estructura perceptiva específica selecciona los acontecimientos que pueden ser percibidos y condiciona la complejidad y la precisión con que puede llevarse a cabo la percepción. Si aceptamos que toda información nos llega inicialmente a través de los sentidos y que aceptamos que toda información nos llega inicialmente a través de los sentidos y que éstos son los canales iniciales de comunicación con el mundo exterior y con nuestro propio cuerpo, las preguntas sobre la mediación social en la educación de los sentidos y en el uso del cuerpo propio se convierten en preguntas de carácter epistemológico. ¿Pueden llegar al mismo conocimiento quienes partieron en sus experiencias de unas estructuras perceptivas -físicas cuando menos- diferentes? ¿No se modela la percepción, entrenándola y anulándola de modo diferente en función del sexo y los cometidos sociales adscritos a cada grupo? ¿Se comparte, por ejemplo, una misma percepción del espacio y del tiempo, de la continuidad, del dolor, del bienestar? ¿Qué coincidencia de estructuras perceptivas puede haber

cuando la práctica social condiciona de modo diferente la percepción intelectual, después de haber modificado la puramente física?

La formación del conocimiento colectivo propio de una cultura se ha ido produciendo a partir de organizaciones sociales específicas, en las que distintos grupos sociales se han adscrito a diferentes tareas productivas y expresivas. Dejando sugerida nada más la pregunta básica sobre las causas por las que de modo continuado pueden adscribirse grupos humanos específicos a tareas específicas, aparecen otras muchas preguntas sobre el producto final de este proceso acumulativo del conocimiento que podríamos resumir así:

Las estructuras perceptivas de base exclusivamente biológica: ¿Son iguales para mujeres y hombres?

- ¿Qué grado de mediación social sufren las estructuras perceptivas de base biológica, a través del entrenamiento? ¿Cuáles han sido las capacidades perceptivas hipo e hiperdesarrolladas y en qué sentido, en función del sexo o de otras características grupales?
- ¿A qué acontecimientos se han expuesto de forma diferencial los distintos grupos humanos, especialmente en función del sexo? ¿Qué vivencias son o han sido características de cada grupo humano?
- ¿Cuáles son las condiciones que permiten pasar de la vivencia a la experiencia, o sea, al alejamiento del suceso concreto mediante la reflexión? ¿Hay alguna mediación social, especialmente de sexo, que potencie de modo diferente a cada grupo en sus posibilidades de distanciamiento y reflexión?
- ¿Cuáles son las condiciones que permiten el paso de la experiencia personal al conocimiento colectivo? ¿Cuál es el grado de transmisibilidad de las experiencias? ¿Hay alguna mediación social y específicamente de sexo, que potencie de modo diferente la transmisibilidad de la experiencia, bien afectando la capacidad transmisora o bien la receptiva?

Ante estas interrogaciones las respuestas abarcan una gama infinita de posibilidades, desde el solipsismo más absoluto -sólo pueden compartir el conocimiento quienes comparten exactamente la misma experiencia - hasta la negación de la base del problema, es decir, que la experiencia tenga algo que decir en los problemas del conocimiento. Sin entrar en las razones por las que aceptamos una moderada capacidad de los seres humanos para transmitirse las experiencias no vividas personalmente, queremos destacar un aspecto específico del problema de la percepción que afecta especialmente las relaciones entre hombres y mujeres.

Si sólo pueden percibirse las experiencias vividas, o al menos sólo éstas gozan de una percepción directa, personal e inmediata; y si en la práctica social se ordenan de modo distinto los modos de vida de hombres y mujeres, igual que los de cualquier otro grupo distintivo, las posibilidades reales de que cada grupo perciba las experiencias de los grupos ajenos serán muy reducidas. El aumento de conocimiento mediante la ordenación de las experiencias percibidas sólo se referirá a aquellos campos cuyo acceso esté abierto para la vivencia, o sea, aquellos de los que los sujetos que inician el conocimiento - la reflexión y la experiencia- tengan una vivencia cotidiana.

Lo que en definitiva nos planteamos es si todos los acontecimientos vividos por la humanidad se han convertido en experiencias, es decir, han trascendido su condición de sujetos y tiempos concretos para convertirse en parte del patrimonio mental colectivo, simultáneamente apropiado e impuesto.

Este patrimonio mental colectivo, creado en momentos históricos concretos por grupos humanos también concretos, está constituido en primer lugar por conceptos que se han formado a partir de abstracciones de la percepción. Aparentemente, los conceptos o ideas son inocuos y, una vez

creados ("descubiertos" o "alumbados", dirían otros), se independizan de sus creador y pueden ser utilizados por grupos ajenos a los que contribuyeron a su nacimiento. Pero esta aparente independencia de los conceptos es falsa: no ha habido ningún ser humano tan genial o tan poderoso que pudiera crear un concepto sin apoyarse en conceptos creados anteriormente por otros ni que impusiera su uso sin contar con la aceptación de los usuarios. En otras palabras, los conceptos se han ido produciendo sobre la base de experiencias previas acumuladas y sólo los conceptos que consiguieron la adhesión continuada de algún medio social que los perpetuó mediante su uso han logrado eludir el olvido. Al mismo tiempo, las nuevas experiencias se han ido interpretando desde los conceptos antiguos, y se han percibido y ordenado conforme a ellos.

Sobre las experiencias desconocidas, olvidadas, temidas o que están sujetas a prohibición no pueden producirse nuevos conceptos puesto que no hay experiencias reconocidas que abstraer.

Cada época, cada cultura e incluso cada persona pueden producir un número infinito de nuevos conceptos. Pero para que esos conceptos tengan validez social hay que bautizarlos con la palabra reconocida socialmente, darles un nombre; y el regalo de un nombre no es un don gratuito o inacabable, sino sometido a la economía de la escasez y a las reglas del poder. Sólo puede recibir un nombre la experiencia que el grupo que comparte el lenguaje está dispuesto a reconocer en su existencia individualizada y este reconocimiento es una decisión que entraña relaciones de intercambio y de dominación. Las experiencias negadas o parcialmente negadas por parte del grupo no pueden acceder siquiera a un nombre común y su recuerdo muere con la memoria de quienes quisieron dárselo. Tal vez, como única alternativa, puedan eludir este silenciamiento mediante la incorporación a un lenguaje secreto o semidesconocido, compartido sólo por un grupo de iniciados o de proscritos y ajeno al intercambio de palabras con que se ordena el grupo más amplio.

Actualmente disponemos de varios niveles de conceptos para ordenar nuestras experiencias, que se agrupan en áreas más o menos afines, a menudo ligados entre sí por inexpugnables relaciones de tipo lógico. Pero ¿cuántos de estos conceptos no se han formulado desde grupos minoritarios y poderosos con fines igualmente minoritarios y de dominación? ¿Cuántos entre ellos habrían dejado de crearse si las sociedades en que tuvieron su origen hubiesen estado regidas por bases sociales diferentes y, a título de ejemplo, no existiera la subordinación de un sexo por otro? O lo que es más importante, ¿cuántos conceptos relevantes están todavía por acuñar, por desarrollar, precisamente porque los grupos sociales para los que resultarían relevantes e instrumentales han carecido de poder social?

Es cierto que el lenguaje permite una economía notable al sintetizar las representaciones conceptuales y también es cierto que permite el distanciamiento -el segundo paso- frente a la experiencia conceptualizada. Pero ¿a costa de qué se consiguen esta economía y este distanciamiento? Sin duda, a costa de su propia pobreza y escasez, a costa de su fijación y del cierre de las categorías y a costa de hacer rígidas unas normas o estructurales gramaticales.

Sin embargo, la experiencia es mucho más rica que la palabra y ninguna acumulación de palabras puede llegar a descubrir todos los aspectos que ligan al sujeto (o a los sujetos) con su vivencia. ¿Cómo resumir, con la precaria elección de unos escasos símbolos comprensibles por los otros, todos los matices de las sensaciones? El tiempo pasado y futuro, los recuerdos y las anticipaciones, el placer y el disgusto, la trivialidad o la importancia, están siempre presentes junto con otros muchos aspectos y, aunque sea en una mínima medida, en cualquier sensación. ¿Cómo resumirlo en dos o tres palabras sin que el resultado sea un pobre recuerdo de la experiencia anterior?

En el lenguaje oral, la comunicación por la palabra común es todavía accesible a la mayoría, que puede modificarla en gran parte para ajustarla mejor a su vivencia. Los sonidos se alargan o disminuyen, sube o baja el tono, la palabra se sugiere o se escupe, se escatima, se fortalece con el gesto o se suaviza con la mirada, se detiene y se continúa mediante pausas llenas de sentido, se esconde, se entrecorta, se aniña en el diminutivo o se individualiza con la expresión o el giro. El

lenguaje oral evoluciona tan rápidamente como los hábitos sociales a los que sirve y la estructura de los grupos en los que se practica.

Con la aparición del lenguaje escrito, el cierre conceptual se acentúa y aumenta la especialización -o sea, el dominio- de los creadores, conocedores, usuarios y receptores de las nuevas palabras. El lenguaje escrito retiene los conceptos, haciéndolos rígidos y extrayéndolos aún más de su contexto experiencial. Al obligar a explicitar los hábitos del lenguaje en reglas conscientes exige precisamente su sumisión a estas reglas y eleva a categoría de norma lo que en su origen fue práctica social. Una vez aceptado el lenguaje, las normas de expresión se imponen al proceso de pensamiento: si inicialmente son las palabras- las palabras elegidas- las que se imponen a los conceptos, más tarde es la gramática la que acaba imponiéndose a la lógica.

La aceptación de un lenguaje supone la aceptación de unas reglas (de clasificación, de relación, etc.) y unos conceptos que no son unánimes a todos los lenguajes: cada lenguaje es compatible con una forma específica de ver el mundo y es el resultado de una historia social. Si pudiéramos resumir en un único diccionario todas las palabras del mundo, las escritas y las habladas, las que ya no se oyen y las que todavía no se han escuchado nunca, muy pocas serían exactamente intercambiables. Cada idioma es un modo de ver el mundo e inversamente, desde algunos lenguajes específicos será imposible acceder a algunas maneras específicas de ver el mundo: para ello habría que forzar demasiado los supuestos de estructuración en que este lenguaje concreto se asienta y un lenguaje no puede evolucionar más allá de lo que su propia base social le permite.

¿Cómo negar, entonces, el carácter político del lenguaje? En la historia hallamos abundantes recuerdos del papel representado por los distintos lenguajes que coexisten, dominan, son reemplazados o se relegan a poblaciones marginadas. También se especializan, se deforman, se enriquecen y empobrecen, se extienden en su uso, se someten a influencias ajenas y se olvidan. Hay lenguajes de colonización, de resistencia, de síntesis, de diferenciación, que se usan de modo distinto por distintos grupos. Y además de las palabras hay otros signos empleados en la comunicación que pueden mejorar su capacidad transmisora de experiencias. ¿Qué decir, por ejemplo, de la comunicación a través del cine, de la imagen en movimiento? Tal vez no sea posible un movimiento político importante sin un acompañamiento o un esfuerzo en el nivel del lenguaje, y no sólo en el lenguaje de las palabras sino además en el de los gestos y las expresiones del arte.

En los lenguajes que forman parte de la cultura occidental, la huella de la subordinación de la mujer puede seguirse en tres órdenes diferentes: en los conceptos (construidos en gran parte sobre experiencias que no son las suyas), en la estructura (las reglas referentes a las relaciones) y en el uso (la aparición de lenguajes específicos de cada sexo y la connotación valorativa de las palabras asociadas a la mujer).

Para el acceso de la mujer a la creación de la ciencia, el lenguaje castellano supone una barrera epistemológica notable que no obstante pasa fácilmente desapercibida. No se trata de que los campos a los que se refiere la ciencia hayan sido ajenos secularmente a la experiencia de las mujeres, ni tampoco de que las connotaciones de los términos referentes a la mujer sean con frecuencia negativas. O al menos, no es esto lo importante. Se trata más bien de la permanente equiparación del sujeto de la experiencia al "yo" masculino, que se hace más patente en la elaboración de las formas impersonales -más abstractas y por tanto características del pensamiento sistemático y formalizado- o plurales. La generalización del "yo" masculino a todos los titulares de la acción y su predominio en el caso de la coexistencia de titulares es una permanente -simbólica, naturalmente- negación de la posibilidad de un "yo" femenino como titular del razonamiento impersonalizado. Las afirmaciones que la lógica formal permite son negadas en la práctica por la imposibilidad de expresarlas en un lenguaje que no les concede validez gramatical.

Por otra parte, el entrenamiento para el lenguaje específico de cada sexo forma parte de la socialización diferencial desde la primera infancia, y el lenguaje abstracto y formalizado está

asignado -dentro de la clase alta y media alta productora de ciencia e ideología- a los varones. El dominio potencial de este lenguaje abstracto por las mujeres cultas de la misma clase social puede cesar de ser una excepción, pero no hay indicios todavía de que vaya a desaparecer la escisión, inevitablemente conflictiva, entre el lenguaje gestual, fluido, contextual y sensorial de la vida cotidiana y afectiva adscrita a las mujeres, y el lenguaje distanciado y esquemático de la comunicación profesional que predomina en los medios científicos. El lenguaje de la madre con el niño, con el enfermo y con el marginal, con los demás familiares en el círculo de su hogar, se convierte en el lenguaje de la mujer, oscureciendo las demás facetas. Por eso, la mujer que salta al lenguaje impersonalizado cambia de código y es en cierto modo extranjera de sí misma. Y si no es extranjera a sus propios ojos, no dejará de resultar extranjera (extraña, ajena) ante quienes esperan de ella un "lenguaje de mujer", incluso en el desempeño de sus tareas profesionales.

Estos fenómenos a los que nos venimos refiriendo pueden verse de dos formas distintas: o bien como datos sin más dimensión que su capacidad informativa, o bien como problemas con una dimensión axiológica. En el plano de la simple consideración como datos, deben dos posiciones extremas y sus múltiples matizaciones intermedias: pueden considerarse como datos fijos que han sido, son y serán, en cualquier circunstancia o sociedad o grupo, inalterables; o por el contrario pueden considerarse como datos que varían en función de otras condiciones exógenas. Si a la dimensión informativa se le añade una dimensión valorativa, puede aparecer una aceptación o un rechazo de la situación expresada por el dato, esto es una justificación o una condena moral. Aunque analíticamente sea diferenciables el plano de la conceptualización y el de la valoración, en la realidad social y en la psicología de cada individuo prevalecen las actitudes "coherentes", y difícilmente podrán encontrarse asociadas las concepciones intelectuales que tomen los datos referentes a la exclusión de la mujer en la construcción de la ciencia como un dato invariable y no lo justifiquen simultáneamente. A la inversa, la definición de esta situación como problema espoleará la imaginación y el razonamiento para la búsqueda de interpretaciones que nieguen a los datos conocidos el carácter de invariables, o que incluso nieguen la validez de los propios datos como erróneos o distorsionados.

Sin embargo, la crítica de los "datos" acumulados adopta muchas formas que no son las de reflexión sistemática, y es previsible que así suceda puesto que esa reflexión tiene que hacerse en buena parte "desde dentro" de los conceptos, del lenguaje y de los estilos de conocimiento cuya función global se niega. De ahí que surja a nivel más o menos consciente el desprecio (ambivalente, puesto que también entraña deseo y temor) de muchas mujeres hacia la ciencia y hacia el conocimiento sistematizado y abstracto y la paralela afirmación de la validez de otras formas de conocimiento más ligadas a la sensación y al sentimiento.

En resumen, para quienes se plantean los condicionamientos de sexo en la percepción y en la capacidad de convertir la vivencia personal en experiencia colectiva, la tarea de reflexión crítica tiene que extenderse a estos otros temas:

- ¿Qué conceptos, de los manejados por la ciencia o la filosofía contemporáneas, tienen un origen o una utilización sexista?
- ¿Qué nuevos conceptos necesitan las distintas disciplinas o ramas del saber para expresar las experiencias, hasta ahora no conocidas, de la mujer?
- ¿Hasta dónde llega el uso diferencial del lenguaje por hombres y mujeres? ¿Qué efectos sociales tienen las reglas del lenguaje referentes a los géneros? ¿Cuáles son las asociaciones de palabras que se refieren a la mujer y su signo valorativo? ¿Cuáles son los procesos sociales de implantación de los usos en el lenguaje?
- ¿Cuáles son las posibilidades de un conocimiento y un modo de expresión no basados en la palabra ni en la lógica? ¿Cómo varían el uso y la valoración de este conocimiento en los distintos grupos sociales?

Aunque no son pocos ni poco influyentes quienes han negado a la mujer la capacidad de razonar, no parece que hoy pueda usarse seriamente este argumento para explicar la ausencia de la mujer en la construcción de la ciencia. Acerca de la razón trataremos de distinguir tres conceptos, cuya separación analítica no ofrece dificultad pero que no pueden darse en "estado puro" en la realidad social.

El primero es el concepto de razón potencial o capacidad de razonar. La tarea de su definición y estudio preciso se reserva hoy a la psicología, y a pesar de que la psicología como disciplina científica -al menos con pretensión de serlo- es muy reciente, ya hay una notable aportación de conocimientos sobre las aptitudes mentales características de cada sexo. El indicador más genérico es el coeficiente de inteligencia, y bajo esta abstracción se incluyen capacidades verbales, espaciales, lógicas y matemáticas. De las investigaciones llevadas a cabo hasta ahora no ha podido llegarse a ninguna descalificación de las mujeres como sujetos potenciales del conocimiento.

El segundo concepto es el de razón cultivada o culta, y se refiere a la capacidad de razonar una vez sometida a entrenamiento sistemático. En sus niveles inferiores incluye el aprendizaje de algunos instrumentos formalizadores tales como los signos de la escritura y los números. En niveles superiores incluye la memorización de cantidades crecientes de conceptos relativos a experiencias ajenas a la vida cotidiana, así como la adopción de un estilo específico de conocimiento que sobre todo en Occidente se vincula estrechamente a la palabra escrita.

Cuando el entrenamiento de la razón se convierte en una actividad sistemática, o sea, cuando se convierte en "educación" o "enseñanza", la mediación social se produce en dos direcciones: en el contenido, que forzosamente es heredado de anteriores organizaciones sociales, y en el mismo procedimiento de transmisión.

La selección de enseñantes y enseñados, el tipo de pruebas, los criterios de excelencia y recompensa serán inevitablemente sociales y resultarán afectados por las adscripciones de sexo lo mismo que por las étnicas o de clase.

La reflexión sobre estas mediaciones no necesita ir muy lejos, ya que puede nutrirse de experiencias recientes y tan próximas que todavía guardan virtualidad social entre nosotros. En Europa occidental la mayoría de la población ha sido analfabeta hasta este mismo siglo y en gran parte del mundo sigue siéndolo todavía. Incluso entre las clases altas, el entrenamiento sistemático de la razón ha sido condición socialmente requerida a los varones pero no a las mujeres, o al menos no con la misma fuerza.

El acceso generalizado de la mujer al dominio de la escritura no se ha producido en España sino hasta hace escasamente medio siglo, lo que en una perspectiva histórica significa que acaba de suceder y todavía vive la generación que tuvo que luchar para conseguir el acceso pleno a la universidad y a formas específicas de enseñanza altamente cualificada. A pesar de la rapidez del cambio y de la aceleración con que van cayendo las barreras legales a la instrucción de la mujer, todavía no ha nacido la generación que vivirá el acceso a todas las formas de enseñanza, incluidas las más altas, como una condición inherente a la estructura social e independiente del sexo de los enseñados.

El tercer concepto a que nos referíamos es el de razón acumulada y designa los conocimientos recogidos por el sujeto individual o colectivo a lo largo de su trayectoria vital. Dejando al margen la posible discusión sobre los conocimientos obtenidos mediante distintas capacidades de razonar, así como sobre el peso relativo de la experiencia; queremos contemplar los sesgos sexistas introducidos en la razón culta acumulada.

Muy poco del razonamiento humano se ha producido con fines exclusivamente especulativos y menos aún se ha recordado por las generaciones siguientes. Al contrario, el conocimiento se ha ido construyendo como un instrumento para la supervivencia y una adaptación a la vida de cada día. Los conocimientos compatibles con la propia organización social tienen unas probabilidades

más altas de asimilarse al cuerpo general de conocimientos característicos del grupo, o lo que es lo mismo, de recibir por parte del grupo el reconocimiento de su condición de "conocimiento" y no de meras experiencias marginales.

Este conocimiento acumulado se refiere al propio sujeto cognoscente, a las cosas, a los otros sujetos y las relaciones de todos ellos -uno mismo, los otros y las cosas- entre sí.

De la capacidad inicial -potencial- que cada sujeto tiene para conocer, hasta el conocimiento final que cada grupo reconoce como propio y codifica e incorpora a la educación sistemática, hay innumerables pasos que están mediatizados socialmente. Cada biografía de un ser humano concreto es un ejemplo de esta mediación; como sujeto individualizado del conocer, recibe un adiestramiento específico para la percepción (sensorial, intelectual), para la memoria y para la interpretación de sus percepciones; su capacidad de transmitir estas interpretaciones está mediada socialmente, sobre todo por el lenguaje, e igualmente es social la respuesta receptiva a sus intentos de transmisión. La difusión de sus aportaciones y la catalogación como irrelevantes o dignas de recuerdo es también una decisión social.

La mediación social del conocimiento afecta a la posible relación de cada sujeto con las cosas o fenómenos, pero muy especialmente afecta el conocimiento de sí mismo. Cada sujeto puede sentirse a sí mismo en infinitas percepciones y sensaciones, pero a menos que cree un lenguaje nuevo para su uso personal no podrá pensarse a sí mismo -y por tanto conocerse- más que desde el lenguaje - o sea, desde los conceptos y las relaciones- establecidas por los otros. Cada mujer puede ensayar a diario una forma inédita de sentirse y tratar de convertir su vivencia de sí misma en una experiencia distanciada: pero difícilmente podrá eludir en este ensayo los conceptos creados por los filósofos, las explicaciones y los juicios de valor de los teólogos, las normas dictadas por los legisladores. ¿Quién será capaz de crearle el nuevo lenguaje, los nuevos conceptos, los nuevos valores, los nuevos mitos, las nuevas reglas con que reinterpretar su propia existencia? Y si hablase un nuevo lenguaje en el que los conceptos, los valores, las reglas y los mitos fueran creados a su medida: ¿quién podría entenderla?

Las posibilidades del conocimiento sobre los otros y sobre las relaciones entre uno mismo y los demás resultan todavía más afectadas por la mediación social: porque el conocimiento sobre sí mismo puede quedar contenido en la intimidad del pensamiento del propio sujeto y apenas trascender en manifestaciones exteriores. Pero el conocimiento sobre los otros o sobre las relaciones con los otros y entre los otros tiene una virtualidad social inmediata, es social en sus consecuencias. ¿Cómo concebir un pensamiento sobre los otros que no genere unas acciones específicas sobre los otros pensados o conocidos? Incluso, invirtiendo el sentido del razonamiento, ¿cómo perpetuar unas relaciones específicas con los otros que no se conceptualicen e interpreten a través de un "conocimiento" adecuado, sobre lo que los otros son en sí mismos y en la relación con quien lo piensa?

En condiciones de subordinación importante, cualquier conocimiento sobre los otros que contravenga la práctica social se convierte en un riesgo. Es una amenaza continuada para la supervivencia, un riego de dolor, de inseguridad y de rechazo. De ahí que se sofoque, no solo por quienes se sienten amenazados por las ideas heterodoxas, sino por los mismos que fueron capaces de producirlas. O al menos, se reprime su expresión pública y se manifiesta solamente ante otros marginados por iguales adscripciones de grupo. Raramente se utilizará como vehículo de este conocimiento la palabra culta o la expresión formalizada: su vehículo natural será el gesto, el guiño, el susurro, el humor, o en todo caso el mito o la poesía. El sentimiento y la sensación se convierten en los vehículos de comunicación de quienes, socialmente, han perdido -o no han llegado a tener- la palabra.

En las relaciones entre grupos sociales cada grupo genera conocimientos compatibles con sus intereses sobre los grupos restantes, y las mujeres como grupo pensado y pensante no pueden ser excepción. Pero si simultáneamente a las relaciones de coexistencia se producen relaciones de poder entre los grupos sociales, estas relaciones de poder se reflejarán en el tipo de pensamiento generado, en el conocimiento prohibido o favorecido, divulgado, mutilado o

consolidado. Habrá una inevitablemente lucha soterrada -a veces brutal y visible- entre los estilos de conocimiento y entre conocimientos específicos. Los perdedores en la lucha no son sólo los vencidos en la existencia cotidiana: son también los vencidos en la imposibilidad de crear su propia razón culta y su propia razón acumulada. En lugar de crear un lenguaje y un conocimiento sistemático compatible con sus bases existenciales y sus intereses, tendrán que asumir un lenguaje y un conocimiento que les serán tanto más ajenos cuanto mayor sea su desintegración y su marginalidad. Con cada sujeto concreto se producirá un ciclo irreplicable de sensaciones y experiencias, pero no podrá trascender a este sujeto para enriquecer la memoria colectiva más que en la medida de su propia participación social. En los individuos especialmente bien dotados para la percepción y para la razón, la pérdida para el grupo será irremediable: con su muerte, los que fueron grandes conocedores desaparecen sin huella, y su sabiduría personal se olvida porque no fue -no podía ser- incorporada al conocimiento colectivo.

La historia es una reconstrucción del pasado, una memoria colectiva paralela a las biografías particulares: ahora bien, el pasado no es una masa amorfa de datos. Lo que distingue al historiador del simple cronista es la búsqueda de un sentido organizador para las huellas que le legan y esta ordenación tiene que hacerla con arreglo a algún criterio seleccionado entre las innumerables clasificaciones posibles, que dé sentido al aparente sin sentido de la pura enumeración cronológica. Pero en realidad los criterios elegidos dependen de lo que el historiador considere relevante en el momento de hacer su elección, o sea, de sus propios intereses o los del grupo que le sostiene.

La historia es a la vez acontecimiento y relato: es una acción que se desarrolla a lo largo del tiempo y es la suma de interpretaciones sobre esa acción. Cada grupo social que llega al poder o que escapa a la opresión o a la marginalidad tiene que hacer una nueva historia, o sea, reconstruir el relato desde las nuevas categorías que son relevantes para sí y no lo fueron para sus predecesores. En definitiva, más que de una recuperación del tiempo pasado se trata de una proyección desde el presente que sirve para reafirmarse en la anticipación del futuro.

La distinción entre la historia como acontecimiento y la historia como relato - las "historias" sobre la historia- abre la puerta a los problemas del sexismo implícito en la historia. ¿Quién es el sujeto de la historia y quién tiene el poder de reconocerlo como tal? ¿Relatan las historias la historia de los dominados? ¿Existen historias paralelas para hombres y mujeres o viven de diferente manera su historia?

Si el tiempo relevante para el historiador es un tiempo social, ¿no resultará que a juicio de los historiadores las mujeres carecen de historia, puesto que no alcanzan a destacar en sus propios criterios de relevancia? Pero a la inversa: ¿no será irrelevante para las mujeres esta historia sobre la historia que reciben como interpretación única e incontrovertida de su existencia anterior? ¿No estarán necesitando las mujeres como cualquier otro grupo social excluido del poder y de la producción de la ideología y de la ciencia, una ruptura con la historia que les es contada -y que se las obliga a memorizar en su entrenamiento para la razón culta- y la creación de una nueva historia? En este nuevo relato por construir: ¿cuáles serán los periodos reales y a dónde llegará la convencionalidad? ¿Cómo elegir a los sujetos de la acción y cómo dibujar las fronteras hasta donde llega su influjo? ¿Quiénes se elegirán como sujetos principales y quiénes como accesorios? ¿Cuáles serán las nuevas épocas, los nuevos periodos, los nuevos umbrales de los grandes acontecimientos, el nombre y la extensión de cada unidad de sentido?

La historia que hasta ahora se contaba tenía como hitos las grandes batallas, los pactos y las coronaciones: ahora empieza a extenderse una historia que toma como umbrales los acontecimientos económicos y los cambios en los sistemas productivos. Pero ¿no volverán a ignorarse los papeles productivos de la mayoría de la población para elegir como relevantes y representativos los cambios de algún grupo minoritario, elevado al rango de sujeto histórico como consecuencia de su victoria social?

Las mujeres han sido guerreras seculares en la lucha contra la muerte, trabajadoras incansables en la producción de la vida. Pero las vidas humanas desaparecen dejando menos huellas que los

arcos de triunfo, los tronos o las capitulaciones. ¿Habrá que reconstruir su historia esforzándose sobre la base de tan débiles vestigios o será preferible la invención de una historia mítica y acertadamente legendaria? A fin de cuenta, el mito y la leyenda se han anticipado y han sobrevivido a las historias, y puesto que nadie puede contar otra cosa que sus propios relatos, en los efectos sociales no resultan tan dispares el cronista y el poeta, el documento archivado y la saga que se transmite verbalmente a lo largo de generaciones. La historia se escribe desde el presente y es una proyección del futuro bajo la forma de un rescate del pasado.

¿No hay un camino mental claro, aunque no sea explícito y a veces ni siquiera consciente, que una el presente con el pasado y que por medio de una sutil interpolación se alargue hacia el futuro, sirviéndoles simultáneamente de anticipación y justificación? ¿No sirve la historia como un test de congruencia, como un dato en las previsiones y en los proyectos de cambio político? ¿Puede proyectarse un cambio político sin una renovación de las interpretaciones sobre la historia?

La historia humana puede concebirse, y de hecho así ha sido, de muchas maneras: desde la historia fragmentada en múltiples historias nacionales -cada nación, un sujeto histórico y una unidad de sentido- a la historia universal; desde la historia como progreso a la historia cíclica; desde la historia ciega a la historia dirigida por razones más altas que la humana o arrastrada por una humanidad que la construye bajo los golpes de cada día.

La reflexión sistemática sobre el papel de la mujer en la historia plantea bajo nuevas perspectivas estas concepciones. Para los partidos de una historia ya decidida, de la que no conocemos sino las manifestaciones y cuyas leyes están escritas en la biología -en la naturaleza- o en los cultos designios de un dios todopoderoso, las historias y la historia se funden y a la mujer no le queda (como al hombre, puesto que ambos son prisioneros de la ley) sino someterse a su destino.

Las teleologías históricas tienen una base más amplia que la simple revolución o la teología: hay metafísicas laicas que conducen en la práctica social al mismo resultado, y la exacerbación de la idea de naturaleza (y por tanto de ley, de obligatoriedad causal, de ciencia) en lo referente a la conducta humana permite llegar a las mismas conclusiones. No es casual que en los fundadores de la sociología científica (Comte, Saint-Simon) las leyes de la evolución social aparecieran sometidas al paso de estadios inevitables y que en ellas se definiera "científicamente" el papel que a la mujer podía caberle y ante el cual la revuelta o la negación resultaban inútiles.

Tampoco las interpretaciones pendulares o circulares de la historia resultan atractivas como base para un movimiento social: si nada de lo que sucede es nuevo, si ningún proyecto puede considerarse como una base estable de acumulación de cambios para el futuro, si en definitiva el horror y la gloria se suceden ininterrumpidamente, basta con esperar o guardarlo en la memoria para contemplar el ciclo completo. ¿Para qué iniciar una ruptura si ésta llegará y morirá por sí sola? A la postre, en las interpretaciones circulares el sentido del tiempo se disuelve y cada momento es sólo una reedición de un momento pretérito bajo formas apenas renovadas.

La historia, concebida como un desarrollo con sentido en el que corresponde la titularidad del proceso a la propia humanidad - y nótese el exquisito cuidado con que el idioma me obliga a sortear la trampa de una referencia bajo el término del "hombre" y para incluir, o al menos no olvidar, a las mujeres-, ofrece los ingredientes adecuados para servir de cobertura a un proyecto de cambio social. Probablemente la elección de un tipo u otro de historia no puede dirimirse exclusivamente por criterios de lógica o de ciencia; pero eso no es importante, porque a fin de cuentas la elección se refiere a una metahistoria que preside el discurso pero escapa a su crítica. Y sin duda, en términos de congruencia psicológica o de potencialidad social, los cambios revolucionarios necesitan una confianza en su virtualidad y un optimismo antropológico que sólo puede depararles la visión romántica de la historia como "progreso", aunque haya sido a costa de la guerra y de la explotación. La historia pretende superar, y rechazar por tanto, el mito: pero difícilmente puede renunciar o negarse a alimentar la utopía.

SOBRE LOS VALORES EN LA PRODUCCION DE LA CIENCIA

Si la ciencia se construye a partir de conceptos, el proceso de construcción está orientado por unos valores específicos, que no son los mismos en todas las sociedades y culturas. Entre las grandes opciones valorativas de cada sociedad, con frecuencia tan profundas que sólo son evidentes para los observadores ajenos, hay algunas opciones en la relación con el tiempo, con la naturaleza y con el propio conocimiento. En la relación con el tiempo puede valorarse en grado desigual el pasado, el presente y el futuro. Sin duda, las sociedades occidentales contemporáneas tienen una alta valoración del presente, pero los proyectos utópicos o los cambios revolucionarios sustituyen la alta valoración del presente/pasado por la del presente/futuro. En la relación con la naturaleza, caben posiciones de sumisión, de armonía y de dominio, y esta última es la que ha caracterizado y caracteriza todavía a la cultura occidental. La relación con el conocimiento es recíproca con la valoración de la posesión y dominio de la naturaleza: de las posibles formas de conocimiento y objetos a los que aplicarlo, las más valoradas son las que lo aplican a la naturaleza para instrumentalizarla.

Pero ninguna cultura es absolutamente monolítica y ningún sistema axiológico es tan compacto que no permita, o incluso necesite, sistemas parciales. Los valores dominantes en una cultura -en esa abstracción que representa las culturas- y que podrían concebirse analíticamente como una escala perfectamente jerarquizada, son de hecho sostenidos o practicados por poblaciones concretas que no participan plenamente de las mismas valoraciones y que alteran por tanto el orden de los valores en sus escalas particulares. La estabilidad social se asienta en un delicado equilibrio entre la participación de valores comunes -los que permiten, entre otras cosas, jerarquizar socialmente los grupos- y la afirmación de valores propios -que flexibilizan la división del trabajo y justifican la autoestima colectiva-. La aceptación de un valor como tal genera el deseo de poseerlo, y la tarea de hacer desistir de este deseo a los grupos socialmente excluidos se hace doblemente difícil.

La historia de los grupos dominados, y entre ellos las mujeres, es también la historia de su exclusión de los valores dominantes y de los mecanismos adoptados para ello. Así, se niega en el plano intelectual la posibilidad de que los grupos excluidos sean efectivamente los títulos del valor. La historia a medias que se presenta como remedio de la historia suele ser un buen argumento para justificarlo.

Esta negación en el plano de las ideas no genera una adhesión entusiasta de los grupos a quienes se niega, y por ello se afirma, al mismo tiempo, otro valor igualmente importante cuya implantación se otorga a estos mismos grupos marginados. Este segundo valor funciona en la práctica social como válvula de escape a una tensión sostenida y equivale a un mecanismo de seguridad. La asignación de unos valores específicos a las mujeres es una exigencia social, de tal forma que si no hubiese ninguna base real para afirmarlos, tendrían no obstante que inventarse como secuencia lógica de una estructura social que es simultáneamente de dominación y de coexistencia. La belleza, la naturalidad, la intuición y la afectividad son otros tantos valores reconstruidos y asignados socialmente a las mujeres, concedidos después de su exclusión de los valores parejos reservados a los varones.

En las opciones macrosociales a las que antes nos referíamos, la cultura occidental ha elevado la acción de dominio a la categoría de valor principal, acompañado de un sentido del tiempo muy preciso y un conocimiento instrumentalizado sobre la naturaleza. Frente a estos valores dominantes, que son característicamente masculinos, la mujer encarna una opción valorativa contrapuesta: el tiempo fluye para ella con una continuidad ininterrumpida que la redime del sentido cronológico. Puesto que su vida no está hecha de proyectos sobre el futuro, el pasado y el presente se funden, la relación con la naturaleza se hace de sumisión más que de dominio, y el sentimiento y la sensación predominan sobre la reflexión y la lógica. Ella asume obligadamente el equilibrio de los valores en su propia cultura, y lo hace al precio de su exclusión de los valores dominantes.

Claro está que esa exclusión no se produce intemporalmente, sino que tuvo su origen en un momento concreto y puede también imaginarse en su momento final. Los cultos a la madre Tierra, a la fertilidad, a la luna y a las diosas femeninas han expresado a nivel simbólico la existencia y el predominio de otros valores relacionados con la mujer. Los arqueólogos y antropólogos tratan hoy de seguir el rastro de su paso por la lejana historia humana, explicando el significado de las estatuillas femeninas del paleolítico posterior o las cosmologías primitivas. ¿Pero hubo alguna vez una guerra entre los clanes de alianza y los clanes de sangre como la imaginada por Esquilo en las Euménides? ¿Hay en la noche olvidada de cada pueblo un recuerdo de la adoración a la vida y a su encarnación en el vientre fecundo de las mujeres? Ni la intensidad del proceso de polarización entre hombres y mujeres ni la mediación de otras adscripciones valorativas a distintos grupos sociales han sido uniformes a lo largo de la constitución de la cultura occidental. Las mediaciones sociales, étnicas y religiosas han sido uniformes a lo largo de la constitución de la cultura occidental, y han sido tan importantes como las sexuales, y la participación en los valores específicos -por asignación o por negación- de cada uno de estos grupos puede haber encubierto las diferencias de hombres y mujeres dentro de cada grupo.

Tampoco hay que asumir que las mujeres han opuesto resistencia activa, explícita y menos aún organizada a la asignación social que las convertía en el segundo sexo, ni se puede olvidar que muchas mujeres se identificaron con la adscripción social de papeles hasta el punto de justificar su propia desvaloración social o legal. Pero no se trata de entrar ahora en el análisis de estos resultados que por otra parte difícilmente podrían haber sido diferentes cuando las bases sociales operaban precisamente para propiciarlos. Lo que queremos plantearnos es la influencia de la asignación de valores en la creación de la ciencia y las consecuencias de la proclamación de unos valores universales sobre la vida cotidiana de las mujeres.

A la construcción de la ciencia no han contribuido por igual todas las culturas y sin duda la cultura occidental se caracteriza por una alta aportación a la elaboración de la ciencia y la tecnología modernas. No obstante, dentro de cada sociedad tampoco se distribuyen por igual las aportaciones científicas, y en las sociedades occidentales contemporáneas la construcción de la ciencia se ha especializado dentro de unos grupos restringidos constituidos por investigadores y expertos. La figura del investigador solitario prácticamente ha desaparecido.

Estos grupos poseen una escala valorativa propia que sólo parcialmente coincide con la de otros grupos sociales, incluidos los que patrocinan, compran, utilizan o reciben los efectos de la nueva ciencia. Quizá el más relevante de estos valores sea el escepticismo, que es la cara científica de la apertura mental: se supone que el científico no aspira al dogma y que el fin de sus afirmaciones es esperar a ser desmentidas o mejoradas por una investigación posterior.

La universalidad como valor de la ciencia significa sus pretensiones de validez por encima del tiempo y del espacio, en cualquier contexto social. El sentido comunitario y el desinterés se suponen también valores básicos en quienes hacen de la investigación un estilo y un medio de vida.

Aparentemente nada hay aquí que suponga una barrera para la mujer, excepto por el predominio de esos grandes valores a que antes nos referíamos y que la han vinculado a lo concreto (como contrapuesto a lo abstracto), a la sensibilidad (como opuesta a la experiencia) y a la sumisión (como opuesta al proyecto y al dominio).

Si una mujer adopta como propios los valores definidos socialmente como "femeninos", difícilmente generará las actitudes compatibles con una dedicación continuada al estudio y a la investigación. Y si los rechaza tendrá que enfrentarse a un continuo conflicto entre los valores genéricamente femeninos incorporados a su personalidad profunda, los valores "científicos" asumidos por su decisión de incorporarse a la construcción de la ciencia y la sanción social por la ausencia de los valores exigidos y la usurpación de los valores negados. De la necesidad de elegir nada puede liberarla, y el recurso a la inconciencia o la renuncia a hacer explícitos sus problemas no es más que una huida desesperada ante una realidad conflictiva que la acompañará dondequiera que vaya.

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL EN LA PRODUCCION DE LA CIENCIA

Al incorporarse al proceso productivo, la ciencia genera efectos económicos: al mismo tiempo, la ciencia es el resultado de una infraestructura económica que la posibilita y potencia. Como consecuencia de la primera mediación económica, la ciencia se constituye en un producto demandado por su capacidad para producir beneficios, al igual que cualquier otro bien u objeto intercambiable, y algunas ramas de la ciencia son primadas económicamente en comparación con otras. Dejando al margen el tema de si los sujetos ajenos al proceso productivo pueden comprar la ciencia que necesitan -tema que afecta directamente a la mujer-, existen unos obstáculos económicos para la incorporación de la mujer a la producción de ciencia que habitualmente se olvidan y que hay que hacer patentes.

Para la creación de un grupo de investigadores especializados es necesario:

- a) Que se libere a estos investigadores de las tareas directas de producción.
- b) Que se les dote de los medios necesarios para su investigación (personal auxiliar, documentación, locales, materiales de trabajo, utensilios, desplazamientos, etcétera).
- c) Que se garantice económicamente la continuidad personal e institucional en las tareas de investigación.

La reflexión y la observación sistemática requieren un ritmo propio, no alterado por otras preocupaciones, y el distanciamiento intelectual se acompaña a menudo del retiro físico y del silencio. La liberación de la producción directa ha sido reconocida como condición necesaria en la vida de los intelectuales desde que tenemos noticia de su existencia como colectivo.

Sin embargo, las mujeres están adscritas a la más directa e indelegable de las producciones, que es la producción y el continuo cuidado de la vida.

No sólo asumen la carga de su propia biología, sino que antes de la preñez -casi desde que nace- y después del amamantamiento se ocupan en la producción de los servicios que la unidad familiar necesita. Y aunque es posible que la ciencia, como Dios, ande entre los pucheros, sin duda hacen falta unas cualidades extraordinarias para encontrarla entre ellos.

De las mujeres que se dedican a la investigación científica actualmente, la mayoría siguen obligadas a la producción de bienes y servicios para sus respectivas familias y esta obligación social, aunque atenuada, se extiende a las solteras y a las viudas que mantienen los lazos en el clan familiar. Todo lo más que la estructura económica de las sociedades occidentales actuales permite de hecho a las mujeres incorporadas al proceso de producción de ciencia es la utilización parcial de trabajo asalariado para su sustitución en las faenas domésticas más rutinarias y poco cualificadas, o la ayuda de otra mujer del mismo grupo familiar para compartir no sólo la ejecución física de las tareas sino también algunas de las actividades de tipo organizativo, de administración y de atención afectiva a los restantes miembros de la unidad familiar.

Dejando al margen consideraciones de otro tipo, lo que queremos destacar es que esta dedicación a las tareas domésticas es un requisito fundamental de la economía de los países desarrollados y que su sustitución, aunque iniciada, no es viable más que en el marco de un cambio económico revolucionario.

La economía moderna suele referirse a las sociedades occidentales como "sociedades industriales y posindustriales" y como "economías de libre empresa". Si la teoría económica se limitase a estudiar la esfera de circulación del capital, tal vez semejantes denominaciones fueran adecuadas. Pero si, inmodestamente, cree referirse a todas las esferas de la producción y distribución de bienes y servicios, y espera que sus conclusiones sean válidas para toda la estructura económica, entonces tendría que caer en la cuenta de que en sus parámetros se incluyen como datos fijos casi todos los relativos al trabajo de las mujeres. Lo que aparentemente

es una pura decisión intelectual, esto es, la elección de ciertos parámetros como fijos o como variables, es tanto en su génesis como en sus consecuencias una decisión política, puesto que contribuye a generar y a mantener una interpretación social de una realidad que es asimismo social y por tanto susceptible de cambio.

Las calificaciones de "libre empresa" y "sociedad posindustrial" difícilmente valen para una sociedad donde la mayoría de sus miembros producen con base en de técnicas artesanales, en unidades de baja tecnología y reducidas dimensiones. En este sentido "libre empresa" y "sociedad posindustrial" son menos fuertes que el sentido cooperativo del riesgo familiar compartido y de la sesión de la fuerza de trabajo de toda una vida a la unidad familiar.

En estas condiciones de adscripción a los servicios familiares, el acceso de la mujer a la ciencia se convierte en una difícil opción económica. Y puede suceder que, como a los antiguos libertos, el precio de su sustitución sea demasiado alto y no pueda pagarlo. La libertad de trabajar en aquello que se ha elegido -en esta ocasión suponemos que es la ciencia- es un bien costoso, y la doble jornada será probablemente su factura.

Ni los sujetos individuales ni las familias, tienen posibilidad de enfrentarse a la ideología económica dominante y de grado o por fuerza tendrán que someterse a ella y aceptar sus definiciones como operativamente ciertas, aunque las consideren esencialmente falsas. Desde esas premisas, el trabajo invertido en la producción de la ciencia no difiere gran cosa del capital invertido en la producción de otros bienes: las variables económicas relevantes tendrán que expresarse en términos comparativos de plazos, inversiones, riesgos, expectativas de beneficios y opciones alternativas. Como la inversión en el trabajo femenino altamente calificado es costosa, a largo plazo, insegura y con escasas probabilidades de éxito fulgurante, nunca resultarán tan rentables en términos estrictamente económicos como una inversión paralela en futuros científicos varones.

Consciente o inconscientemente, esta lógica preside muchas decisiones sobre la política educativa y de empleo, y es también por razonamientos de este tipo por lo que muchas familias deciden en contra de los estudios superiores de sus hijas.

La innovación en materia de división del trabajo entre los sexos es una aventura económica, amenazada de riesgos constantes que pueden simbolizarse en el castigo que la legislación fiscal impone, de hecho, sobre el trabajo extradoméstico de la mujer casada.

Una vez superadas las barreras disuasorias relacionadas con las tareas de producción directa, los requisitos restantes para la creación de investigadores o científicos son menos difíciles de salvar. No obstante, dadas la temporalidad y precariedad con que estructuralmente puede salvarse el primer obstáculo, los demás están siempre supeditados a que las circunstancias favorables que afectan al primero se mantengan. Evidentemente, la obtención de recursos auxiliares (personal, locales, documentación, materiales de trabajo, créditos, utensilios, desplazamientos) y la garantía de continuidad en su obtención es en conjunto más fácil para los varones que para las mujeres, y sólo las mujeres muy liberadas de la producción doméstica podrán dedicar las mismas energías que sus colegas varones a la búsqueda y conservación de estos recursos.

La otra cara de la liberación de la producción doméstica es el reconocimiento económico al trabajo extradoméstico de la mujer. Como consecuencias de la misma estructura que la adscribe al trabajo doméstico, se supone que una mujer no debe reclamar por sí misma y a título personal los recursos económicos que se le asignan delegadamente a través del marido. Cuando a la muerte de Fernando Carrasco se supo que sus artículos para Iberia los escribía en realidad Concepción Arenal, la revista no quiso seguir publicándolos con la firma de la viuda -porque se trataba de una mujer- y sólo tras grandes porfías los admitieron, aunque pagándolos a la mitad de su precio previo. Anécdotas como ésta hay miles y la legislación o los reglamentos guardan abundantes pruebas de ello en todos los países de Occidente. La reclamación de un trabajo retribuido se transforma en una acusación moral hacia quien la formula, puesto que esta reclamación estorba las pretensiones paralelas de otros varones con "cargas familiares" y es un desacato a la obligada

dedicación a las tareas domésticas. La negativa a las aspiraciones económicas en el contexto de la producción científica acaba justificándose con una remisión a la ética de las relaciones familiares, y lo que es una injusticia flagrante de cada día se oculta bajo el pretexto de una supuesta justicia de mayor altura.

Además de la infraestructura económica que la posibilita, la ciencia se produce en un contexto social que influye notablemente sobre su desarrollo. La figura del científico solitario y aislado en su laboratorio pertenece ya al pasado o es más una imagen de ficción que el recuerdo de personajes con existencia real. Actualmente, la influencia del contexto social sobre el desarrollo de la ciencia se produce sobre todo en estos ámbitos:

- a) En la selección de los temas de investigación.
- b) En la selección de marcos teóricos o enfoque.
- c) En la aceptación de los resultados de la investigación o actividad creadora y en la elección de los criterios de evaluación.
- d) En la difusión de los resultados.
- e) En el reconocimiento profesional o académico de los investigadores.
- f) En las normas y prácticas sociales de los colectivos creadores de ciencia o conocimiento especializado (escuelas, academias, liceos, universidades, consejos, sociedades científicas, etcétera)

En cualquiera de estos seis aspectos es relevante el problema del sexismo. Empezando por el final, es tópica la referencia a las disposiciones legales o a los reglamentos que prohíben o dificultan el acceso de la mujer a la enseñanza universitaria. En España estuvo prohibida la matrícula oficial de mujeres en la universidad hasta 1910, y sólo en la década de los sesenta se suprimieron las últimas prohibiciones de acceso a algunas escuelas técnicas superiores de las universidades estatales. La obtención del derecho a asistir a las conferencias del Ateneo de Madrid costó asimismo muchas violencias y tensiones. El ejercicio profesional en derecho y en medicina tardó varios decenios en conseguirse aún después de existir tituladas por esas facultades e igual sucedió con la mayoría de los cuerpos de funcionarios de la administración pública que requerían titulación universitaria. Todavía hoy sigue siendo noticia la resistencia de algunas academias a admitir mujeres entre sus miembros de número, y en Francia y en España el nombramiento reciente de dos mujeres en la Academia de la lengua ha supuesto un acontecimiento social, cuya dilación difícilmente se explica sin referencia al sexismo de las instituciones. Sin embargo, el funcionamiento cotidiano de estas instituciones se asienta hoy en una base de trabajadores auxiliares que son mujeres en su mayoría: las mecanógrafas, auxiliares de laboratorio, archiveras, documentalistas, secretarías de dirección, limpiadoras, etc., permiten la reproducción de la tradicional división del trabajo entre los sexos en las cadenas de producción científica.

En la selección de los temas de investigación es patente la existencia de algunos temas preferidos por las mujeres investigadoras que no comparten los varones, y que responden al antiguo mandato filosófico de "conócete a ti mismo". Esta elección de temas "femeninos" por las mujeres entraña el riesgo de su asimilación con temas "menores" o "secundarios" al margen de las preocupaciones centrales de cada disciplina. Sin embargo, ¿quién se atrevería a cambiar de lugar las palabras, afirmando que los temas que interesan o vienen interesando a los varones desde hace siglos son "menores" o secundarios para cada disciplina?

La selección de los marcos teóricos o de los enfoques es de nuevo un campo de batalla silencioso entre distintos intereses. La investigación realizada en contextos "científicos" tiende a autoproclamarse a valorativa y excluye o hace muy improbable la investigación con fines de denuncia, reivindicación o crítica. Como la investigación no puede continuarse a menos que reciba

el apoyo social de los colegas -sean estos tutores, directores, tribunales, consejos de admisión o jurados-, la elección de temas conflictivos o enfoques críticos para el propio contexto profesional resulta muy arriesgada y las investigaciones críticas o conflictivistas sobre la mujer tienen grandes probabilidades de naufragar tras el primer intento, sobre todo si no pueden contar con un apoyo social más amplio del puramente académico o profesionalizado, que en cierto modo ayuda a equilibrar la situación con su influencia indirecta. La batalla de las prioridades -en los planes de estudio, en los programas de publicaciones, en los fondos para investigación- es permanente. ¿Y quién negará que la decisión sobre las prioridades sea una decisión social en la que los propios intereses representan un papel importante?

La adopción de criterios de evaluación en la producción científica es tarea difícil, sobre todo porque los criterios adoptados explícitamente no tienen por qué ser los más importantes en realidad, y en ocasiones los criterios decisivos, no sólo son implícitos sino también inconscientes. Los experimentos con cambio de nombre en los firmantes de exámenes o artículos para revistas son bien conocidos y el resultado es consistentemente negativo para las mujeres. A un jurado que se cree imparcial le "parecen" mejores, sin darse siquiera cuenta de ello, los trabajos firmados por Juan o Luis que los que firman Juana o Luisa. Y si la fuerza evocadora del prejuicio es tan fuerte que la simple constancia de un nombre femenino basta para despertarla: ¿qué sucede en la práctica cotidiana, cuando se trata de la presencia viva y no distanciada del sujeto perjudicado?

La concesión del reconocimiento intelectual a una obra conlleva el reconocimiento social de su autor, que a la larga se traduce en la entrada en el grupo de los iguales. Como en cualquier otra colectividad humana, entre los científicos e intelectuales existen relaciones de competencia, de cooperación, de conflicto, de subordinación y de dominio, y en estas relaciones es esencial el factor tiempo. Los que inician una relación no sólo tienen en cuenta las posibilidades del momento presente, sino que de algún modo anticipan su posible desarrollo futuro: las colaboraciones pueden trocarse en alianzas, los rechazos en enfrentamiento.

Por encima de las idiosincrasias particulares de cada individuo, las relaciones se rigen por algunas expectativas prototípicas que reflejan la normalidad estadística- pero en esta normalidad hecha de promedios, las mujeres gozan de escasa capacidad negociadora. Ni son aliados potenciales importantes ni su rechazo desencadena el riesgo de una reacción temible. En este sentido, la aceptación intelectual o profesional de una mujer es una apuesta comprometida, puesto que en un contexto de recursos escasos -y hasta el elogio es un recurso que debe usarse con moderación para preservar su valor- resulta débil como aliada, arriesgada como promotora e insignificante como adversaria.

Por ello, cada mujer que asume la decisión de dedicarse seriamente a la investigación o a la creación intelectual tiene que empezar por convencer a los demás de la firmeza y de la viabilidad de sus propósitos, y consumir una notable cantidad de energía en este logro que se concede a sus colegas de modo gratuito. Si consigue evitar que la profecía que vaticina su deserción o su fracaso se cumpla por sí misma en las primeras etapas de su recorrido profesional, habrá superado una dura prueba. Y si en ese empeño no agota todo su caudal de creatividad, de confianza en sí misma, de vitalidad y de optimismo, tal vez pueda encontrar un respiro en su lucha por la supervivencia y dedicarse realmente a la investigación y a la ciencia.

DIEZ PROPUESTAS NO UTOPICAS PARA LA RENOVACION DE LA CIENCIA

La incorporación de la mujer al proceso de producción de ciencia figura entre las condiciones necesarias pero no suficientes para la incorporación de la ciencia al proceso de liberación de la mujer. No es condición suficiente porque la incorporación a la ciencia puede hacerse -y de hecho así sucede- en el nivel de la simple reproducción y desarrollo de conocimientos previos, sin cuestionar los posibles sesgos sexistas de sus cimientos; en este caso, la presencia de las mujeres hace menos aparente la necesidad de una revisión teórica y refuerza la contribución de la ciencia o disciplina en cuestión al conservadurismo social.

Aunque en el último cuarto de siglo se ha generalizado la presencia de las mujeres entre el profesorado y el personal investigador en todos los países desarrollados, este cambio sólo significa el acceso de las mujeres a los instrumentos de la ciencia y está por verse su incorporación real a la creación de la ciencia, al desarrollo de nuevos temas especialmente relevantes para la mujer, y a la crítica de los contenidos de carácter sexista en la ciencia que efectivamente se transmite.

La reflexión crítica tendrá que dirigirse hacia la génesis histórica de cada disciplina -para comprender sus resultados-, a los conceptos y teorías -para rechazar los que se consideren falsos o inadecuados-, a la organización de los colectivos donde la disciplina se crea, se enseña, se divulga y se recompensa- para promover su cambio cuando sean discriminatorios-, y a los efectos sociales que su uso o abuso produce en la vida cotidiana.

No será fácil la ruptura puesto que ninguna disciplina escapa incólume a la crítica de una mirada que se dirige tanto a los resultados reales como a las omisiones y ausencias. A modo de decálogo, resumimos aquí las diez fases en que el proceso de reflexión sobre cada ciencia podría sintetizarse:

1. Recuperación crítica de la historia de la disciplina.
2. Explicitación y crítica de la metateoría subyacente.
3. Crítica de los elementos sexistas encubiertos en la teoría.
4. Crítica de los elementos sexistas encubiertos en los conceptos o en su operativización.
5. Crítica de los efectos sexistas derivados de la utilización de algunos procedimientos o técnicas específicas de observación, medición o recolección de documentación.
6. Crítica de la organización social en la producción de la ciencia o disciplina.
7. Crítica de la incongruencia o fosilización de los conocimientos sobre la mujer contenidos en la disciplina, así como de sus criterios de evaluación.
8. Crítica del uso de los conocimientos proporcionados por la disciplina en la vida social y en la práctica profesional.
9. Explicitación de las demandas de nuevos conocimientos que pueden satisfacer la disciplina.
10. Reflexión crítica sobre los medios con que se puede contribuir al rechazo de conocimientos sesgados y a la potenciación de los nuevos conocimientos libres de sexismo que se solicitan de la ciencia.